



Alfredo Saldaña, *La práctica de la teoría. Elementos para una crítica de la cultura contemporánea*, Santiago de Chile, RIL, 2018, 300 pp.

I

La cultura siempre ha sido un espacio de «luchas». Se recuerdan los célebres debates en el siglo pasado, para no irnos más atrás en el tiempo, entre Derrida y Bourdieu, siguiendo a los kantianos, planteando si era un espacio de límites, fronteras, márgenes o de distinción. También si la filosofía o la sociología serían los saberes

privilegiados para reflexionar sobre ella. Más tarde, son los *cultural studies* anglosajones o los estudios culturales latinoamericanos, quienes reivindican sus espacios de disenso (político) y de conflictos. Pero, más allá de todos estos debates, era la intranquila capacidad de mover los espacios armónicos (como pretendía la estética en sus inicios) de lo social.

La cultura se adjetivaba como lo *cultural*, es decir, como movimiento y acción. Los marginados de lo cultural: obreros, mujeres, jóvenes, migrantes, comenzaban a delinear trazos que se encontraban entre grafitis, *rock and roll*, cómics, escuelas para adultos, poesía visual y sonora. Ya, en el caso de la música, la reivindicación del ruido, del silencio, los sonidos callejeros, pero también la meditada voz «de la palabra muda» (Rancière, 2010).

II

Los años ochenta son los del pasaje de la transnacionalización de la economía a la globalización sin más. Como si el planeta se encogiera, nada quedaba fuera de la globalización capitalista, entre ellas, la cultura. El pasaje de las negociaciones culturales entre países, de la UNESCO a la Organización Mundial del Comercio, implicó, no solamente, el cambio de una institución a otra, sino de prácticas concretas donde el capitalismo hunde sus afilados dientes sobre toda acción cultural (cine, música, literatura) y los medios de comunicación de masas se transforman en su vehículo de transporte. La metáfora dejaba paso a la literalidad y los pliegues de lo cultural se desplegaban sin más torsiones de sentido.

III

Frente a este rápido diagnóstico han surgido voces disidentes, planteándose formas alternativas de interpretación de esta nueva relación entre política, cultura y economía.

La práctica de la teoría. Elementos para una crítica de la cultura contemporánea, de Alfredo Saldaña, es uno de los últimos acercamientos a esta situación descrita. Es la dignificación del ensayo como práctica de escritura y

acción política. Durante décadas se pensaba la cultura como autonomía (Bourdieu, 1979), campo, separación entre lo noble y lo plebeyo y, aún más, lo político y lo económico parecía que no formaban parte de su entorno porque lo des-ennoblecían. Mientras tanto, el capitalismo ocupaba cada vez más espacios en *best seller*, premios de música, se movía —como escribía Rancière— entre «la nada y la demasía». Es decir, parecía que ofrecía mucho pero no nos ofrecía *nada*. Saldaña, frente a ello, con una escritura que reivindica su estética, se para, analiza y punza (el *punctum* barthesiano) esas tramas que construían nuevas hegemonías. Estas, ya no en el sentido gramsciano, sino de formas de poder que aprovechando los espacios liminales también los ocupaban. El pop neutralizaba al rock.

IV

Pensar y escribir de modo cartográfico tiene una «tradición» (en el sentido arqueológico de Foucault) que va, en el siglo xx, de Aby Warburg a Walter Benjamin, entre otros. Pero no es sencillo ese trazo mapeado, donde el rizoma va ocupando subterráneamente espacios. Lo subterráneo es temido. El rizoma corta y avanza sin dejar de retroceder. Son las malas hierbas, dirían Deleuze y Guattari (2000).

La práctica de la teoría. Elementos para una crítica de la cultura contemporánea tiene ese diseño rizomático y mapeado. Los temas cruzan por la escritura (¿literaria?), la música, los medios de comunicación, las redes, es decir, son poéticas de resistencias situadas. El situacionismo dejó por sus caminos huellas para pensar otras formas de actuar en el campo de lo cultural sin someterse a los dictámenes del capitalismo. Hoy parece olvidado. Por ello, la importancia de este ensayo porque nos permite actuar por/sobre aquello que se nos da por hecho.

V

Alfredo Saldaña, no solo como ensayista, sino también como poeta —si es que pueden separarse ambos registros de escritura— asume que solo es posible escribir

desde la crítica, desde ese punzante corte en la linealidad de la historia. La homogénea construcción de la historia, diría Benjamin, debería cortarse y trazar otras historias. Subalternas, micros, y minoritarias. No una globalización lineal y autoritaria, dictada por las leyes del mercado, sino un mundo en el que quepan «todos los mundos», escribe Alfredo Saldaña.

Si la literatura surge junto con la idea de nación, autor e identidad, en la era postnacional hay un «campo en disputa» que pone en entredicho la autonomía. No es el arte por el arte sino la postautonomía.

VI

Todo lo dicho lo podríamos resumir en la imagen de portada del libro. Un coche viejo, destartado, estacionado en una calle solitaria, que desemboca en un río ancho como mar. Enfrente los muros de un cementerio. Sobre esas paredes, cuando murió Alfredo Zitarrosa, se escribió: «Zitarrosa es uruguayo». Se cerraba con esas palabras la discusión sobre el país de nacimiento de Carlos Gardel.

Años ochenta, Madrid, en una cama de la ciudad Juan Carlos Onetti escribe *Cuando ya no importe*. Al final, el protagonista pide el acto más piadoso, ser enterrado en un cementerio frente al río de la Plata. Es el cementerio más metafórico. El que destartado frente al mar renace, pero como práctica de acción y rebelión. Al capitalismo de lo pulcro, limpio, no le gustaría. La imagen es la metáfora del libro.

Víctor Silva Echeto
Universidad de Zaragoza

Referencias bibliográficas

- BOURDIEU, Pierre (1979). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- DELEUZE, Gilles, y Félix Guattari (2000). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia Pre-textos
- RANCIÈRE, Jacques (2010). *La palabra muda*, Madrid, Eterna Cadencia.